



LA CAZA.

Uno de los mas antiguos ejercicios del hombre es la caza: los dioses de la fábula se representan con sus atributos; los poetas y los historiadores antes de describir al hombre en sociedad, nos pintan la caravana atrevida que se apresta á luchar con las fieras; la sagrada escritura autoriza en este punto con su asentimiento las invenciones de la fábula; Platon la bautiza con el título de ejercicio divino y escuela de militares virtudes; Xenophonte escribió un tratado sobre ella, se cuenta de Mithridates, que vivió siete años sin comunicarse con nadie, manteniéndose de las reses que alcanzaba á la carrera; la mayor parte de los emperadores romanos que conocemos por estatuas de su tiempo, empuñan el *venablo*; todo en fin autoriza á creer que si no fué como algunos suponen la ocupacion primitiva de los hombres, ha sido al menos su primer y preferido recreo.

Es verdad que hoy todavía, despues del desmerecimiento material de la raza humana, el que como el autor de estas líneas ha disfrutado alguna vez de las satisfacciones que produce, solo abandona la afición cuando las fuerzas le impiden continuarla ó el monopolio y los obstáculos le privan de una recompensa mas ilusoria que cierta, siempre costosa, pero tan halagüeña como ninguna otra.

En España es tan general la afición á la caza, que fuera de las grandes poblaciones, donde los vicios y la corrupción atajan el desarrollo corporal, y sus consecuencias empequeñecen el espíritu, pocos son los que pudiendo destinar algun dia al capricho de su voluntad, dejan de pertenecer á la numerosa cruzada que desafía los elementos y las contrariedades por *echar los puntos de su escopeta* á las empinadas orejas de una liebre, á las rastreras alas de una perdiz, ó al invisible blanco del pobre animalejo, que por ser tan abundante en España dicen que de él se deriva el nombre peninsular que ha perdido, y que

hombres de elevado patriotismo y altas miras procuran devolverla.

Ninon de L'Enclos, el fenix de la hermosura, la célebre dama que parodiando al rústico Bertoldo no encontró el dia de despedir su belleza ni de reconocer su senectud, aquel filósofo de los salones de Luis XIV disfrazado de mujer y encubierto entre una coleccion de afeites de su propia invencion, que nadie de sus innumerables discípulas ha sabido despues aplicarse con igual éxito, preguntaba, siempre que sobre las dotes de un caballero se le pedia consejo, si era cazador; afirmando que no creia pudiera existir en el corazon del hombre que dedicase sus ocios al ejercicio de la caza, pasion bastarda ó vicio criminal, que el aire puro que en las crestas de los montes se respira no se llevase ó el límpido cristal de los arroyos dejara de purificar. Hay algunas razones para creer fundada hasta cierto punto la extravagancia de la histórica hermosura.

Salir al campo, recorrer un bosque y trepar el escabroso cerro, ensanchan el corazon mas encogido, elevan á Dios la imaginacion mas extraviada, rejuvenecen el ánimo cansado, despiertan en el espíritu el poderoso deseo de dar utilidad á la vida en provecho de los demas; porque allí habla la voz de la naturaleza, que es el eco fiel del acento poderoso del creador del hombre, la obra maravillosa entre todas las maravillas.

La caza es tambien el ejercicio mas saludable. Para el que explota el caudal de la inteligencia, mas todavía, una necesidad; porque averiguado que gran porcion de enfermedades proceden del desnivel que efectúa en las facultades del hombre el mayor uso de una de ellas, pues la actividad la desarrolla, y el desarrollo excesivo de aquella priva del conveniente á las demas, es lógico el principio. El que mantiene en constante movimiento la imaginacion adquiere en ella una actividad extraordinaria,

41 DE MAYO DE 1856.

como el que se dedica á un trabajo mecánico adquiere cada día mayor fuerza en los remos que emplea y se facilita cada vez mas el mismo trabajo: el alfarero tiene al principio gran dificultad para hacer andar la rueda con un solo pié, y la práctica le hace sumamente fácil mantener en movimiento la rueda con el mismo pié durante largas horas, empleando á un tiempo la mano derecha en afinar el pedazo de masa de que forma el jarro ó la cazuela, y la izquierda en humedecer la que ha de servir para la pieza que ha de elaborar seguidamente. El que tiene gran actividad de imaginación, procurará sin éxito dominarla cuando la obligue á descansar, que será probablemente en el momento de mayor efervescencia, y saldrá á paseo para refrescarla consiguiendo solo encerrarse mas perniciosamente en el círculo de la idea que le preocupe, mientras que la caza con sus infinitas peripecias le hace olvidarse hasta del esfuerzo material que ejecuta, y el amor propio legítimamente interesado aunque vaya solo, ó no trate de establecer competencia, absorberá su atención por completo, apartará de su memoria todos los cálculos que la distraen, y establecerá un armisticio con las penas que embarquen su corazón.

Militan en favor del ejercicio de la caza además las siguientes é importantes consideraciones: con la preponderancia que en el campo adquiere el que tira mas —casi siempre el que menores comodidades sociales disfruta—, se acostumbra el ambicioso á sujetar sus aspiraciones, el modesto á medir sus fuerzas con el audaz, y el egoísta á avergonzarse; el joven mirando al viejo, ve el fin de su carrera en el cansancio del otro; el viejo observando al joven, el escaso valor de los años que solo producen estéril experiencia; todos en fin aprendemos á medir esta vida en lo que vale, cuando tan insignificantes incidentes nos pueden privar de ella, y dirigimos nuestros pensamientos á la eternidad, que es dar el primer paso hácia el bien. De estos pensamientos no tenemos necesidad de huir temerosos de que ejerzan el monopolio que respecto de los demás queremos evitar, porque la imaginación del hombre desgraciadamente atesora demasiadas ideas mundanales que la distraigan.

No se dudará de que el exordio del artículo lo ha rasgueado la pluma de un cazador.

—Pues hay razones para dudarlo.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—¿Después de haberse metido á probar que es el ejercicio mas antiguo y mas saludable?

—Justamente, porque si fuera buen aficionado probaria que es el mas noble, pues siempre ha sido el favorito de los reyes; el mas barato, porque es una distracción en que se sabe siempre lo que se puede perder; el mas honroso, porque se pone á prueba el valor de cada uno inofensivamente, y el mas progresista porque como se registran todas las matas y se dan muchas vueltas en un mismo sitio, para adelantar media legua de monte es preciso estar andando todo un día, y se tiran tiros, y se almuerza, come y merienda fraternalmente, y...

—Lector, quiere V. dejarse de conjunciones copulativas y de poner defectos al artículo; lo único que se me ha olvidado es que la caza proporciona la singular ventura de que en el campo no hay verdes, ni rojos, ni amarillos, que todos son iguales, y que nadie se ocupa de poesías políticas, como ha dado en llamar el erudito Aribau á esa clase de comedias de empleados y cesantes. Lo dicho, con que no me venga V. con interrupciones.

—Pues lo dicho, repito yo también; hay razón para dudar que el que ha rasgueado el exordio del artículo sea cazador.

—¿Cuál es?

—¿Dónde reside V.?

—En Madrid.

—Pues ya ve V. cómo tenía yo fundamento para dudar.

—¿Por qué?

—Por eso mismo, porque reside V. en Madrid, donde no se sabe lo que es cazar, y oígame, que harto tiempo le he escuchado yo, y verá cómo le convenzo.

—El lector tiene la palabra.

—Yo soy natural de un lugarillo de Extremadura, cuna también de mis padres y abuelos, donde disfruto de los rendimientos de un modesto mayorazgo; pero en mis mocedades, siguiendo las costumbres de la época —ando en disputas con el siglo sobre cuál de los dos es mas viejo—, fui á estudiar á los Escolapios de Madrid, de donde salí con una charretera de alferez de la Guardia Real. Hice la guerra y llegué á coronel, tres veces á herido y una y media á prisionero —esta media es una que perdí la segunda vez que me cogieron y la primera que logre escapar—. V. recordará que algunos oficiales de la Guardia le fueron enviados á D. Carlos por medio de amistosas despedidas del cuerpo.

—Pero, señor lector, ¿me vá V. á contar su historia con la prisa que tiene el cajista?

—¡Qué intolerantes son los chichos de ahora y qué mal educados!... Tenga V. paciencia que harta he tenido yo.

—Pues señor, mis compañeros de la Guardia, *ojalateros* después, me trataron bien hasta que llegó la hora del canje, y recuerdo esto para que vea V. la buena amistad que conservamos los antiguos oficiales aun militando unos enfrente de otros, prueba de que las almas de los jóvenes de aquel tiempo eran diferentes de las de los lechuguinos de ahora. —Pues señor, pasaron los años, se hizo el convenio, y hubo jaranas y pronunciamientos, á mí se me hizo odiosa la carrera y me retiré. Viví un par de años en este lugarejo compartiendo las horas entre la escopeta, la mesa y la cama, y no sabiendo qué giro dar á unas trescientas onzas que tenía en la maleta, dispuse hace ahora cuatro años venirme á gastarlas á Madrid, viviendo alegremente un par de ellos: dicho y hecho, tomé la diligencia y aparecí como por encanto en la Corte, encontrándome con algunos de los camaradas antiguos, que habían sido después *ojalateros*, hechos generales de Isabel II y al frente de mandos importantes, y otros que habían llegado á generales por su suerte y su valor sirviendo á la reina, antes que yo á coronel, y que habían ganado acciones mandando en jefe, hechos también *generales*, pero acuartelados: muchos que siguieron las banderas realistas y las liberales se encontraban todavía mas atrasados que yo, y de los mas por quienes pregunté, pues á todos los tengo grabados en la memoria, no me supieron dar noticia ó me la dieron bien triste. En resumen, yo, como hombre independiente y de buen humor, reanudé la antigua amistad con todos los que de uno y otro bando aceptaron la mía, y tuve varias francachelas con ellos y los amigos de la clase de paisanos que dejara en Madrid y que adquirí en la nueva estancia.

He vivido largo tiempo después en la corte hasta decidirme á abandonar sus pompas y vanidades, dejando en ella el sepulcro de algunas compañeras de las 300 consabidas; pero después de hechar algunas expediciones de campo como allí se dice, por lo cual soy voto en la materia, y voy á contar á V. lo que se entiende en esa por cazar.

En Madrid cada uno tiene su celebridad, y yo también tengo la mía; soy la eminencia de los *jauleros*, y mis pájaros la flor y nata de los reclamos de España.

No había expedición en la cual no se contase conmigo; y aunque evitaba el ir á algunas, pasaba en el campo mucho mas tiempo que en Madrid.

Conozco todos los montes, sotos y vedados de los alrededores, como cada guarda el suyo respectivo; me son familiares los nombres de los principales aficionados; no hay mayoral de omnibus ó coche de colleras que ignore el mío, todos los perros de caza me siguen, y hasta creo que en determinados sitios los conejos y las liebres huyen al divisar mi sombrero con el mismo temor que les causa la presencia de la mas terrible alimaña.

Todas las cacerías que VV. hacen están cortadas por un mismo patron: recuerdo una de las últimas á que asistí, que fué en el monte de Boadilla, cuya historia voy á contar detenidamente para que vea lo equivocado que está V., señor escritorzuelo, al tenerse por cazador entendido.

(Concluirá.)

EDUARDO GASSET.

LA LOCURA POR AMOR.

(EPISODIO HISTÓRICO.)

I.

El amor, centro de las aspiraciones de la criatura, es un tirano implacable que produce todos los males y seca las fuentes del corazón humano. Arbol maldecido, cuyas heridas sangran siempre, y cuyos miembros una vez cortados, jamás retoñan.

Poco antes de la extinción de las comunidades regulares de España había un religioso en el monasterio de las Batuecas, cuya vida ejemplar era un modelo de austeridad y penitencia: no era viejo, si bien reflejaba en su ascética fisonomía un sello de lánguida tristeza, sobre todo cuando se hallaba entregado á la soledad y meditación. Y á veces también subía de punto la exaltación sombría de sus facciones hasta degenerar en amargo sarcasmo, y un relámpago de fulminante desesperación marcaba dolorosa huella en aquel continente explotado por un oculto remordimiento.

El cólera morbo, esa terrible plaga que tantos años há diezma las poblaciones del orbe, declarábase de oficio en algunas provincias de España. A esta noticia aislábanse los pueblos poseídos de un profundo pánico, y sin embargo la epidemia no cedía, y la muerte paseaba su triunfante carro por varias provincias de la Península poco antes florecientes, convertidas ahora en teatro de funebre desolación.

Cierta noche la campana del refectorio tocó á convocatoria en el monasterio de las Batuecas; el prelado, según costumbre, bendecía la cena y empezaba la refección; solo que al hacer el recuento, echó de ver que faltaba un hermano lego. Aquel hermano se llamaba Fr. Dolores, nombre extraño y singular por que se entendía dicho religioso, conocido antes en el siglo por Juan Diaz. Este cambio de nombre era para todos un secreto cuya revelación nadie osaba pedir al novicio, quien por su parte se conducía con una misteriosa reserva.

El abad recitó unas preeces por aquel hermano, y á la misma hora salían emisarios por todas direcciones en su busca, cuyas diligencias fueron estériles en medio de las asperezas intransitables del yermo. Todo pues fué inútil, no pudo rastrearse huella del lego en toda la noche, y el siguiente día que continuaron las pesquisas; la tierra parecía haberle tragado: es verdad que la naturaleza topográfica del terreno erizado de breñas y precipicios no se prestaba á otra cosa.

Algunos días después los rústicos de los caseríos inmediatos aseguraron al prior que habían visto á un religioso cabalgado en un mulo que trepaba por las peñas con una agilidad portentosa, pero cuya dirección ignoraban. Esto fué todo.

II.

Habían trascurrido algunos días desde el incidente anterior. La multitud del pueblo de Zaragoza discurría en grupos tumultuosos por sus desiertas calles, pues era la hora del amanecer.

Una nueva infausta corría de boca en boca, como un eco funebre que difundía el mas horrendo pánico. El cólera morbo se hallaba en la ciudad, y una víctima caía mortalmente herida del invisible agente epidémico. Es verdad que no era aquel el primer caso que ocurría de esta especie; días há que tenía lugar su repetición funesta, si bien cediendo á una costumbre general era aun un secreto que solo pertenecía á cierto y determinado número de personas y facultativos que lo reservaban, á fin de no introducir la alarma en el público.

Y aquellas turbas impelidas por ese instinto incomprensible que muchas veces nos atrae á los objetos que mas nos repugnan, se agrupaban en derredor de una pobre mujer, joven to-

avía, que yacía en tierra en la calle del Coso, víctima de un fulminante ataque colérico.

Su rostro lívido, sus facciones desencajadas, los ojos hundidos, cuya pupila incierta y deslustrada revelaba el pálido reflejo de la muerte, la crispatura nerviosa de todos sus músculos, eran claros indicios de que la infeliz se hallaba constituida ya en ese grado desesperado, que la ciencia médica conoce con el nombre de *periodo algido*, ante el cual suelen estrellarse ordinariamente los mas supremos auxilios del arte.

Junto á aquella pobre mujer vestida de harapos y socorrida por varias personas, oraba un religioso de fisonomía pálida, aunque tranquila, cuya mirada fija solía posarse con la mayor ternura en las facciones descompuestas de la moribunda y se elevaba luego al cielo, al paso que sus labios, trémulos por una emoción interna, murmuraban una oración secreta.

Nadie se cuidaba de inquietar á aquella figura inmóvil que se destacaba en el fondo del cuadro, como una estatua de mármol. Un momento después espiraba aquella mujer, cuyo cadáver desfigurado cargó sobre sus hombros el religioso y le condujo al cementerio.

Cuando hubo concluido su caritativa tarea, dirigióse con mesurado paso, fisonomía melancólica y continente ostensiblemente sereno á casa de mosen Diego Paredes, á quien entregó un pliego cerrado, con encargo de que lo remitiese al superior de las Batuecas cuando trascurriese cierto número de días. Luego se despidió del clérigo y no volvió á saberse ya de él.

El lector adivinará sin duda que el nombre de este religioso singular era el de Fr. Dolores.

Un terrible misterio era el núcleo de todos estos pormenores, que descifraremos en el artículo siguiente.

III.

Un pobre anciano octogenario llamado Pedro Dominguez, leñador de oficio, habitaba una mísera choza en las montañas de Segovia. Su miseria había hundido aquella poderosa organización de fuerza hercúlea en otros tiempos, como lo manifestaba todavía su vigoroso desarrollo muscular encorvado, ya por el soplo inclemente de la decrepitud. Tenía una hija llamada Dolores, muchacha rolliza y robusta como buena montañesa, cuya ocupación era la de apacentar un pequeño rebaño.

Acaeció pues que un joven pastor llamado Juan de Dios Diaz, arrogante mozo, vió á la joven en ocasión de estar oyendo misa en la ermita de cierto cortijo. Al salir, el osado mancebo se atrevió á declararle su pasión, á que ella contestó repeliéndole con fingida aspereza, aunque concediéndole una cita. No fué tan disimulada que no hiciese comprender á Diaz que la joven respondía á su pasión con una reticencia simpática y demasiado expresiva.

La entrevista tuvo efecto, y otras posteriores estimularon su mutuo afecto, en términos, que á pesar de la soledad del sitio en que tenían lugar aquellas, llegó á aperebirse el anciano, quien reprendió severamente á su imprudente hija constituyéndose en espía continuo de ella é impidiendo de esta suerte que se repitieran las citas de entrambos amantes.

Esta situación no era duradera, y era también de todo punto preciso remover un obstáculo que tanto inquietaba la desenfrenada pasión de los jóvenes. Juan Diaz se decidió á hablar al viejo en demanda de Dolores para desposarse con ella; pero Dominguez rechazó la pretensión con obstinado empeño, encerrándose en una negativa absoluta.

Diaz volvió á insistir con tenacidad interesando á varias personas para con el anciano, y que á su vez también fueron desatendidas: en vano fué necesario hacerle comprender que el matrimonio era el único medio de librar á su hija de la deshonra y de la infamia, porque sus relaciones con Diaz habían traspasado el límite de lo lícito, lo que no era ya un secreto para la generalidad; Pedro Dominguez mantúvose inflexible á la altura de su inexorable tenacidad. Entonces el mancebo exasperado por la repugnancia del anciano, sublevado su amor propio á vista

de tal teson y poseído del mas alto despecho, manifestó á Dolores que toda vez que su padre le menospreciaba, él tambien la abandonaba á su misma afrenta, pudiendo renunciar desde luego á toda esperanza por su parte. En vano la desgraciada le suplicó que no la desamparase, pues confiaba arrancar el consentimiento paterno, y que en un caso extremo podia negociarse dispensa para suplir este, hallándose dispuesta á separarse de las órdenes de su padre para enlazarse con él luego que estuviese á punto la licencia de la autoridad competente. El jóven se desentendió con insultante obstinacion desoyendo la súplica de su víctima, y desapareció de la comarca dejándola entregada al llanto y la desesperacion.

IV.

Cumplía Dolores diez y nueve años y en sus facciones operabase cierta alteracion física, al pasó que su voz medio balbuciente y cavernosa apenas articulaba alguna que otra palabra incoherente, hasta el extremo de declararse en ciertos intervalos marcadas señales de enajenacion mental.

Sin embargo, por entonces estos síntomas solo eran preludios del gran cataclismo que debía operar el verdadero caos de su razon, y este debía iniciarse con un horrendo crimen de que apenas habrá ejemplo. Dolores, próxima á su alumbramiento, regresaba cierta noche de apacentar el ganado despues de un día de lucha moral y abstinencia. Halló dormido á su padre junto al hogar de la cabaña, y le contempló en su sueño con una sonrisa feroz é implacable, sonrisa histérica, infernal, que agitó sus miembros con una convulsion critica é inflamó el volcan de su organizacion interna. Era la alegría cruel del chacal al tiempo de lanzarse á devorar su presa: cualquiera que observare el destello diabólico que irradiaba de aquellos ojos extraviados, estremecerse de puro horror.

Una idea sanguinaria surgió entonces de aquella mente infeliz; una llamada salvaje inflamó el cerebro, y perdida, explotada por su vértigo empieza á blandir sobre el indefenso anciano un cuchillo, se precipita sobre él, le hiere una y otra vez en el pecho, sepultándole el acero y haciendo espirar al infeliz anegado en su propia sangre. A medida que corría esta, cebabase la parricida en su crueldad; cada vez mas enconada, abre el pecho á la víctima, le arranca el corazon con sus uñas, y cual furia infernal empieza á devorarle frenética, lanzando bramidos salvajes, cuyo eco hendiendo el espacio resonaba en los montes y atraía á varias personas que se horrorizaron al contemplar el cuadro terrible de la cabaña.

— Venid, venid, exclamaba la furia con cínico trasporte, mirad, este es el corazon de mi padre, mi padre que me robó á Diaz, mi único bien: justo es que yo devore su corazon como él destruyó el mio: y ¡es tan sabroso, que si le probaseis!... pero no, debó comérle yo todo.

Una carcajada histérica de esas que no se describen, pero que horrorizan, solía terminar la frase de aquella infeliz, cuya diabólica mirada destellaba un horrendo sarcasmo y á cuya vista retrocedían los mas osados.

Acaeció esta catástrofe el día 26 de marzo de 1826.

V.

Pocos días despues abríanse informaciones judiciales sobre la ocurrencia, y justificada plenamente la locura de Dolores, atenuábase la gravedad de los autos imponiéndosele la pena de reclusion en un hospital de dementés hasta que se pudiese conseguir su restablecimiento, en cuyo caso reservábase el tribunal el derecho de proseguir sus actuaciones.

Juan Diaz rindió espontáneamente su interrogatorio formulando hechos luminosos para la ilustracion del proceso, favorable ya visiblemente á la suerte de la acusada, y luego, acosado por los remordimientos, desapareció del siglo tomando el hábito de monje donado en las Batuecas y cambiando su nombre por el de Dolores, con el cual le hemos presentado ya al principio.

La jóven fué invadida del cólera morbo en la ocasion que la presentamos, y luego que se notaron los primeros síntomas que anunciaban la funesta enfermedad, la arrojaron fuera del hospital abandonándola á aquellas calles repletas siempre de insolente truhanería y que solazaba á la sola idea de que una pobre loca vagaba errante y desamparada.

Fué el caso que tres días antes el nuevo religioso Juan Diaz, á quien llamaremos Dolores, excitado por los remordimientos que no podian acallar su penitente vida, sus disciplinas, sus vigiliyas y maceraciones, abandonó cierta noche el yermo y corrió en busca de aquella pobre víctima que clamaba todas las horas en sus oídos como una trompa funeral en reclamacion de su honra perdida, y que se alzaba por las noches ante su vista abrazada al sangriento cadáver de su padre, turbando el sueño del jóven que enflaquecia visiblemente bajo la presion letal de aquellos implacables fantasmas que le rociaban con una lluvia tibia de sangre.

Ya hemos visto que halló á la jóven *in articulo mortis*, con lo que queda suficientemente explicada aquella escena: réstanos ahora descifrar el fin de la tragedia y consignar su desenlace.

VI.

El sacristan de la iglesia de... cuyos nombres no estamos autorizados á revelar, notó cierta noche á deshora y en ocasion de su última y ordinaria visita nocturna para avivar las luces de las lámparas, una sombra movible que se deslizaba á través de las galerías claustrales del templo, y que con recatado paso parecia ocultarse de aquel testigo importuno. Creyó este al pronto que pudiera ser muy bien una ilusion visual, y ajeno de temor fingió cerrar la iglesia despues de haber salido, pero quedando oculto en un confesonario.

El ardid surtió el efecto apetecido por el curioso sacristan, quien pudo ser testigo entonces de una cosa extraña.

Aquel hombre, si lo era, podia ser muy bien un ladrón. Esta sospecha sorprendió por un momento el ánimo del testigo, pero pasó bien presto por su mente como una ligera ráfaga.

Observó que un hombre en hábitos clericales con una linterna en una mano y una palanca en la otra salió de un intercolumnio, detúvose sobre la lápida de un vaso mortuario que servia de osario comun de la feligresía, introdujo la palanca por el anillo de la lápida, y removiendo esta con un violento esfuerzo, introdujose en la fosa lanzando un gemido ó una imprecacion.

La losa volvió á caer aplomada sobre su marco, cuyo estrépito resonó en las bóvedas apuntadas del templo.

El sacristan sobrecogido al pronto y vacilando de terror, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y salió al punto de la iglesia para avisar de la ocurrencia al párroco, quien dispuso que acudiese gente á salvar á aquel hombre misterioso; pero tanta diligencia fué inútil, pues al remover la lápida pudo notarse que el infeliz habia muerto asfixiado, declarándose estériles cuantos recursos inventó el arte para restituírle á la vida. Varios arañazos y contusiones que se notaron en el cadáver, revelaban visiblemente la desesperacion que sufriera durante su agonía.

Al día siguiente resultó de la identificacion del cadáver ser el de Juan Diaz ó Fr. Dolores, al que se negó sepultura cristiana, enterrándole en campo profano.

El contenido del pliego que de órden suya fué entregado al superior del monasterio de las Batuecas por Mosen Diego Paredes, fué calificado por aquel como secreto de confesion, y en tal concepto se ignora.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

Si no podeis destruir el amor propio, dirigidle bien.

Se ve á menudo el mal donde no existe, y raramente el bien donde está.



Paisanos de los alrededores de Oporto
que van de romería.

Segadora de la provincia del Miño.

Serrano de las cercanías de Oporto.

TRAJES DE PORTUGAL.

A la buena amistad del Sr. D. Sinibaldo de Mas debemos la publicacion de estos tipos y otros que saldrán brevemente.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

Resumen. — Los Campos Eliseos. — Exposicion de la industria truhanesca. — Anuncios franceses. — Espectáculos al aire libre. — Socaliñas y enredos. — Una mañana de domingo durante la exposicion. — Una noche de idem idem.

I.

Un publicista célebre ha dicho que cuando el rey de Francia se asoma al balcon principal de su palacio, goza de la perspectiva mas bella del universo. — Pues bien; el balcon principal del rey de Francia, da á los Campos Eliseos de París.

Dicho se está con esto, que el lugar donde colocamos la accion del presente cuadro, es hermoso sin comparacion alguna; y aquí debiamos acabar de hablar de él imitando con esto á cierto villano de quien quisieron burlarse unos caballeretes, preguntándole á la puerta de la iglesia qué era lo que habia dicho el cura; á lo cual contestó el paleta con esta admirable sentencia, modelo de sencillez y de verdad: — «Que seamos buenos.»

Pero no basta decir que los Campos Eliseos de París son un sitio excelente: es necesario manifestar por qué; pues aun cuando nosotros no hemos tratado nunca de escribir una guia de forasteros, estamos sí sacando bocetos de la gran ciudad, física y moralmente considerados.

Los Campos Eliseos de París son un sitio excelente, porque á ellos da el magnifico palacio y no menos magnifico jardin de las Tullerías; porque á ellos da la célebre plaza de la Concor dia, en cuyo centro se eleva el soberbio monólito que Luis Felipe hizo trasportar de Egipto; porque desde allí se divisa al frente el inmenso Arco de la Estrella erigido por Napoleon para perpetuar sus glorias militares, á la derecha la calle Real y el templo de la Magdalena, y á la izquierda las torres góticas de Santa Clotilde, el palacio del cuerpo legislativo y la gran cúpula del cuartel de inválidos; porque dan á la parte mas pintoresca del Sena; porque en ellos reside el palacio del ministerio de Marina

y su bello compañero el hotel Crillon; porque confluyen á su centro cien calles de árboles formando bosques espesos y frondosos que son la delicia del concurrente; porque en ellos se pasea lo mas escogido y elegante de París, á pié, á caballo y en carruajes; por la multitud de caminitos, calles, plazuelas y arrecifes que ostenta; porque está rodeado hácia la parte contraria del rio de una porcion de pintorescos y magníficos jardines, que se prolongan con la extension de algunas leguas hasta el renombrado Bosque de Bolonia; porque allí está el Circo de la Emperatriz, y el Jardín de Invierno, y el Castillo de Flores, y Mabilie, y quince ó veinte teatros pequeños, y un sinnúmero de palacios particulares, y multitud de cafés, y restaurants, y fondas, y casas de recreo; porque allí hay cuanto pueda descarse para encantar la vista, distraer el ánimo y satisfacer el cuerpo por espacio de muchos dias seguidos; porque allí en fin, se ha construido el magnifico palacio para la exposicion de la Industria de 1855, y el palacio para la exposicion de Bellas Artes, y la gran Galeria de la Reina para las máquinas, y el inmenso y bellísimo jardin para la exposicion de la Horticultura.

Por esto y mucho mas que debe habérsenos olvidado, son un lugar excelente los Campos Eliseos de París; pero todavía si no contuvieran mas que lo dicho renunciaríamos á hablar de ellos, en razon á que la parte física, muy notable sin duda, pudiera tener equivalencia mas ó menos modesta en nuestra España: mientras que la parte moral, de la que nada hemos anunciado todavía, ni tiene equivalencia en nuestro pais, ni puede tener semejante en ningun pueblo de la tierra.

¿Quereis formaros una idea (lectores de Madrid) de lo que son los Campos Eliseos en pequeño? — Colocaos en la fuente de Cibeles dando espaldas á la calle de Alcalá; tened el palacio de Buena-Vista, por las Tullerías; los jardines y caminos de Recoletos y la Fuente Castellana, por los jardines del palacio francés; la puerta de Alcalá, por el Arco de la Estrella; el dos de mayo, por el obelisco; imaginad que por detrás del Retiro hay un brazo de mar, y que por sobre las copas de los árboles veis las velas de un bergantín de veinte cañones; que allá en lotananza descubris flotando por el agua multitud de barquillas que se mueven á remo, góndolas de transporte, vaporcitos de hélice, buques mayores impulsados tambien por la accion del carbon de piedra que conducen hasta cuatrocientas personas en sus cámaras; tomad el Museo de pinturas por el palacio de la exposicion, las torres de S. Gerónimo por las de Santa Clotilde; figuraos en el salon principal dos mil carruajes mas que en Madrid; cien bra-

zoz mas de agua que se desprenden en palmas, en arcos y en menuda lluvia de magníficas fuentes; imaginaos por último una concurrencia de cien mil almas, y tendreis á la vista el aspecto físico de los célebres Campos Elíseos de París.

Vosotros tambien teneis, repetimos, algo de magnífico y deslumbrador en ese hermoso Prado, tan bello en las horas de concurrencia y paseo, como el mas bello de Europa; pero lo que no teneis hoy ni llegareis á poseer nunca (Dios lo permita así) es la parte moral, la industria al pormenor, la farsa en grande, la socialia eterna, la abyección permanente, el *dulcamarismo* sempiterno de ese millon de polichinelas, embaucadores, payasos, titiriteros, sonámbulos, adivinadores, musicantes, histriones, jugueteros, perdidos y rufianes que pululan, invaden, infestan y se enriquecen en los Campos Elíseos de París.

Y si esto ha sucedido en todos tiempos y en todas las épocas del año, ¿qué no tendrian inventado, discurrido y reservado para la época de la exhibición universal, para cuando la gente de todo el globo fuera á visitarles, para el día en que pudieran enseñar y enseñarse á la vez los tesoros de su habilidad y de su ingenio, para el verano de 1855 en fin?

II.

Bien merece la pena el que antes de visitar y estudiar la exposición universal de la industria seria, visitemos y estudiemos la exposición universal de la industria risible de París.

Fuera de los Campos Elíseos, en los barrios mas populosos y céntricos, en los que se alberga el comercio al por mayor y la fabricacion en grande escala; en el grave y aristocrático París comercial, se suelen ver anuncios en esta forma:

— «Caballero, deteneos y leed. ¿Necesitais un sombrero? — Pues bien en la calle de *tal*, número *tantos*, encontrareis los mejores de Francia á un precio ínfimo y garantizados por un año.»

— «Lista de los almacenes que están de moda en París: El de la plaza *tal* en donde el príncipe alemán Trakorzghstmjapa, compró unos calcetines el año de 40. El de..... etc..... etc.....»

— «Almacén monstruo, tan rico, tan variado y tan útil para el público, como que pillá cuatro calles y da á tres plazas diferentes.»

— «El profesor de medicina y cirugía de las academias de Viena, Berlín y S. Petersburgo, Monsieur *Fulano*, que vive en *tal parte*, suplica á los que le favorecen con sus consultas diarias que no se detengan en la escalera de su domicilio interceptando el paso, así como que no entren sino de seis en seis personas en su sala de recibo, para evitar contusiones y disgustos.»

— «Señor, que verteis aguas: ¿necesitais algunas píldoras refrescantes?.....» (Esto y lo que sigue, está escrito en todas las columnas urinarias de París).

De lo expuesto se infiere, que si es verídico el refrán castellano que dice: «dime cómo es el sacristán, y te diré cómo es el monacillo»; sabido ya lo que sucede en el centro, no es menester esforzarse gran cosa para hacer concebir que sucederá algo en la circunferencia.

Y en efecto sucede. — Los Campos Elíseos de París son el gran palenque escogido por los primeros *industriosos* de Francia (que en algo hemos de distinguirlos de los industriales) para ejercer la socialia perpétua sobre los extranjeros ociosos, sobre los provincianos, horteras, soldados, criadas de servir, grisetas, estudiantes y toda la turba multa de trabajadores beneméritos á quienes en las horas de descanso ó en los días festivos les atrapan bonitamente en un segundo el producto de muchas horas de faena. Son el teatro mas característico y extenso de todos los teatros

de París; son para decirlo en una palabra el *farsa farsantorun* de Francia.

Ocupando como hemos dicho un terreno inmenso, ofrecen la ventaja especial de hallarse bastante cerca de los puntos céntricos y la no menos favorable de contener espacio suficiente para que las gentes de buen tono que los frecuentan no tengan que alternar ni rozarse con las pequeñas industrias esparcidas profusamente por sus avenidas, bosques y plazuelas. — La municipalidad ademas que cuida mucho del ornato y compostura de la población, no consiente que se establezca nadie sino en los puntos designados por ella, y en casitas ó grandes edificios ordenados, alineados y perfectamente decorados, cuyas perspectivas producen entre los árboles un conjunto armonioso y bello como no es fácil presumir.

El extranjero, pues, que discurre por esta ciudad campestre, por este pacífico campo de batalla en que todas las escaramuzas, asaltos y emboscadas se verifican al redoble de los tímboles, al silbar de las flautas ó al tronar de los figles, vase parando de cantina en cantina, de vivac en vivac y de rancho en rancho, mas confiado de lo que debiera, y sin apercibirse de que los disparos se asestan en hábil puntería hácia su bolsillo.

— «Juego de bolas. — Todo el que despues de haber tirado con arreglo á la costumbre deje parada su bola en una cavidad blanca, pagará dos cuartos. El que la pare en una encarnada, se llevará un dulce. Hay tantas cavidades de un color como de otro.»

Llega el aficionado y tira; pero por una fatal casualidad, su bola se para siempre en lo blanco y da dos cuartos, aun cuando si parase en lo encarnado le importaria lo mismo; porque en una suma igual de probabilidades el dueño de las bolas no expone nada, al paso que vende por dos cuartos el dulce que no vale mas que uno.

— «Juego de billar inclinado. — Todo el que consiga colocar cinco bolas en las cinco hendiduras del listón que aparece delante del semicírculo superior, se llevará á escoger un objeto de los presentes. (Petacas, tarjeteros, cortaplumas, navajitas etc.) De lo contrario pagará dos cuartos.»

El inventor del juego de billar no coloca las cinco bolitas en los cinco puntos que se designan; pero sí se encoragina por conseguirlo, y viene á llevarse al cabo, si lo alcanza, un porta-fósforos enmohecido que vale ocho ó diez cuartos, por tres ó cuatro pesetas que le importan las tentativas practicadas.

— «Juego de la devanadera. — Todo el que despues del impulso natural de la máquina deje las aspas enfrente de los huecos, pagará dos cuartos; si las deja enfrente de los palos, podrá sentarse en el teatro inmediato y presepeiar por tan mezquina suma un espectáculo que vale una peseta.»

Pega que le pega á las aspas, y las aspas siempre en los huecos: págase el dinero por jugar, y luego lo que cuesta la funcion. Pero si alguna vez se detiene en los palos, paga el jugador dos ó tres reales por una fiesta que bien tasada valdría la cuarta parte ó acaso menos.

— «Tiro de carabina y de pistola. — Dos cuartos por seis tiros, pudiendo romper estatuas, vidrieras, fanales, cabezas de rusos, pipas y otros muchos objetos; tocar la campana chinesca, hacer salir la cabeza del mico, ó que suene la música del reló.»

¿Quién por dos cuartos no destruye tanto y no se expone á tantas emociones? Tiro va y tiro viene, con carabina sorda por supuesto á los mil monigotes de yeso-mate colocados en el aparador de enfrente, y á las torrecitas góticas encristaladas con pedacillos de vidrio pintado. — Por torpe que sea el tirador, como que tiene tantos blancos, siempre le da á alguno; y á la vez que satisface su amor propio ante la concurrencia, agujerea una magnífica estatua, ó rompe una vidriera gótica, ó descabeza á un ruso (aplausos), ó toca la campana chinesca, ó saca la cabeza del mico que hace gestos, ó distrae al auditorio con los acordes de una música ratonil. — Total: media peseta de menos al que tira. El dueño del tiro, por el contrario toma la media peseta,

recoge las balas que vuelven á servir, reúne el yeso y lo vacía de nuevo en sus moldes, paga su contribucion, cierra su cantina, y trampa adelante.

— «Prueba de fuerzas físicas. — En los momentos actuales es muy del caso saber las fuerzas con que cada uno cuenta, por si necesitase tomar parte en la lucha nacional. ¿Quereis, pues, caballero, saber las arrobas que mandais sobre la cabeza de este moscovita?

¡Pataplum!.... se da un puñetazo sobre el testuz del ruso de madera, y el pesómetro indica las pulgadas de hueso que cada francés pudiera meterle en el cráneo á su enemigo. Dos cuartos y á vivir.

— «Peso humano. — Señorita que os pesasteis el domingo anterior; ¿quereis saber vuestra diferencia de carnes en ocho dias? — Caballero que os pesasteis esta mañana, ¿no teneis curiosidad por saber las libras que habeis comido y bebido desde entonces? — Gracioso niño: ¿por qué no le decís á vuestro ayo que quereis pesaros hoy tambien para ver cuánto habeis crecido desde la última tarde?»

¿Quién resiste á tales atractivos? El hombre mas formal y la dama mas pudorosa, entran en el precioso gabinete, suben las gradas alfombradas de un trono, se sientan en un magnifico sillón bajo de su dosel, y á un levisimo movimiento de la balanza, se graba en la tablilla la cantidad de peso de cada una. Sus dos cuartos y á otra.

— «Columpio modelo. — Privilegio de invencion. — Convencido el autor de este nuevo sistema de que las vueltas horizontales son peligrosas para la salud por el mareo que producen y por lo antidigestivo de su movimiento, ha acordado establecerlas verticales, para lo cual sus columpios giran de arriba abajo y no de izquierda á derecha.»

Es necesario por consiguiente probar el nuevo método por si es preferible al antiguo y porque siempre gusta mas rodar por el espacio como cubo de noria, que pasear con calesin á dos varas del suelo. Tres cuartos por barba, y hasta despues.

— «¡Sortijas y cabezas de argelino!....

Pero ¿á qué nos cansamos en relatar pequeñeces y nimiedades de la industria mecánica cuando la artística y filarmónica nos espera afinando una hora há los violines y flautas para llamar concurrencia al espectáculo? — Diez pasos en cualquiera direccion, y un teatro formal prepara á su concurso ocasion de entretenerse y gozar por largo tiempo.

Corramos á la fiesta.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

EL POETA, EL ESCRITOR, LA LITERATURA ACTUAL.

Hé aquí, lector amigo, uno de los muchos capítulos de un libro mío, que probablemente no verá la luz pública hasta despues de mi muerte, por la sencilla razon de que no acabaré de escribirle mientras me dure la vida. Es una especie de depósito de mis pensamientos y opiniones, de mis muchos dolores y de mis cortisimas venturas, con lo cual se está dicho que es de una índole demasiado íntima para que me atreva á publicarle, á lo menos por entero, durante mi vida. Pero entremos en materia.

El verdadero poeta y el escritor de verdadera vocacion suelen cruzar á través de su siglo, ó desconocidos ellos y sus trabajos, ó conocidos estos, y ellos malamente juzgados, no solo con relacion al mérito de sus escritos, sino en la parte referente á la suma de dicha ó de infelicidad que les cabe durante este azaroso tránsito que se llama vida.

De todas las humanas ambiciones, ninguna mas noble, ninguna mas digna de compasion que la de renombre literario. Nada hay en ella palpable. Esta no es una opinion hipotética:

es una verdad, de las pocas que he podido adquirir en mi vida, al precio mas subido y amargo: la dolorosa experiencia.

Si es lícito hablar de un ente tan pequeño como yo, cuando ha habido en la arena en que, lealmente y segun mis escasas fuerzas he combatido, tantos y tan ilustres mártires, diré la historia de mis trabajos en dos palabras. Algunos han merecido del público una acogida favorable: uno que otro me ha dado lo que vulgarmente se llama reputacion literaria: ninguno me ha producido para vivir seis meses; y todos juntos no pueden compensar ni la centésima parte, no ya de los floridos años de la juventud gastados en su produccion, porque esto no tiene precio; sino de los sacrificios de toda especie hechos para la adquisicion de un fantasma, hermoso si se quiere, pero al cabo y al fin, un fantasma.

El hombre de letras vive forzosamente en una abstraccion mas ó menos completa; tal llega á ser en algunos, que hasta suelen olvidar todo aquel tiempo que la flaca naturaleza puede soportarlo, las necesidades mas imperiosas de la vida. Es cierto que la fama póstuma, la perpetuidad del nombre pueden compensarlo todo para una alma elevada; pero ¿quién está seguro de que tan alto privilegio le será concedido? ¿Cuántas grandes obras habrán sido arrastradas por las vicisitudes de los tiempos al eterno piélago del olvido? ¿Cuántas medianías científicas y literarias han sobrenadado en el naufragio de los siglos, por el capricho de los hombres ó por el de la suerte? Poseemos la *Farsalia* de Lucano. La historia de Tito Livio ha llegado á nosotros mutilada por la impiedad ó la barbarie de los hombres ó de los hados.

¿Cuántos pensamientos, en cuya concepcion se deleita el alma del verdadero poeta, pasan desapercibidos para el público mas escogido de nuestras mas cultas ciudades! ¿Las nobles y desinteresadas miras que los inspiran no son comprendidas; la verdad se toma por insulto: el entusiasmo, hijo del cielo, se estrella en el helado indiferentismo de las almas vulgares; mientras que los lugares comunes, las mezquinas alusiones, los chistes groseros de prostituidos sicofantas ó de bastardos aduladores de corporaciones ó individuos excitan estruendosos aplausos!

Para los hombres de aquel genio á que tan pocos pueden aspirar, debe sin duda ser un insoportable martirio verse desdeñados de la sociedad en que viven, ó aunque aplaudidos, mirar sus obras ó su fama acopladas, por decirlo así, á los miserables artefactos ó usurpadas reputaciones de esos albañiles literarios, una de las mas deshonrosas y prolíficas plagas de nuestro anómalo siglo.

El hombre de verdadero talento que consagra su vida á los trabajos literarios, debe creerse superior á la gran masa popular. Sin esta conciencia no escribiría. Su desaprobacion puede ajar su gloria, tal vez hasta impedir su nacimiento y desarrollo; jamás podrá llegar á rebajarle en su propia estimacion. En pie, rodeado de los escombros del hermoso templo que pensó levantar á la posteridad; firme el ademan y serena la frente, devuelve á sus contemporáneos ofensa por ofensa; ¡desprecio por injusticia! Pero ¿es esta, por ventura, una existencia envidiable? Y cuando, acaso despues de mil naufragios, luce para él el día de la fama, ¿puede compensar un momento, por mas brillante que sea, una vida entera de sacrificios y dolores? No. ¡Nada hay palpable en el renombre literario!

La creacion afortunada, la obra inmortal, el divino destello de la suma inteligencia, es una piedrezuela arrojada por la mano de un niño en el inmenso océano del tiempo. Sepáranse un punto las aguas; una leve agitacion riza un instante su superficie; pero pronto se cierra de nuevo el insaciable golfo, y al rededor del hombre queda únicamente un debilísimo recuerdo! Acaso se extienda su impresion á otros pueblos, á otras edades; ¡pero durante la vida del poeta, la huella de su creacion se va gradualmente debilitando hasta quedar borrada del todo! Las bagatelitas del día, la mezquina política, las viles intrigas, las inmundas camaraderías ocupan la lengua, llenan el pensamiento y hacen gemir las prensas de sus contemporáneos. ¡Infeliz del poeta que sobrevive á la edad de la produccion, porque

se sobrevive á sí mismo! Si Voltaire en Francia y Goëthe en Alemania se libertaron de este anatema, no lo debieron precisamente sino á aquello que deshonró su genio: el primero á su excepticismo revolucionario: el segundo á su infecundo materialismo.

En nuestros días, ayer puede decirse, hemos presenciado en nuestra España una de esas ceremonias tan poco frecuentes en la historia de los pueblos modernos, y que han mantenido en siglos no muy lejanos vivo el fuego sagrado de la verdadera poesía: hablamos de la coronación de Quintana. Pero dejando aparte, por no ser ni del caso ni de nuestro propósito, la mayor ó menor justicia de aquella elevada recompensa, ¿se habría conferido al decano de nuestros escritores si solo hubiese escrito sus elevadísimas Silvas á la América, al descubrimiento de la vacuna, á la invención de la imprenta y su patriótica tragedia de Pelayo? No, seguramente. Nosotros no hemos visto en aquella coronación una consagración literaria, sino una ceremonia política. Mas se hubo de pensar en el Panteón del Escorial que en *La invención de la imprenta*; mas en las opiniones políticas del hombre, que en las elevadas dotes del escritor y del poeta. Si el credo político del venerable Quintana hubiese sido otro, es bien seguro que no hubiese sido coronado ni por aquellos hombres, ni en aquellos días.

¡Dichoso, mil veces dichoso el escritor que, cualesquiera que sean sus personales amarguras, llega á alcanzar la verdadera popularidad! ¡Dichoso el que, como Beranger en Francia, llega á ser el eco de las costumbres ó de las glorias de su pueblo; ó como Bernardino de Saint-Pierre en su *Pablo y Virginia*, ó Kschöke en sus *Páginas de un cura de aldea* hacen brotar lágrimas de ternura y simpatía, narrando sencillamente la historia tan infinita como varia del corazón humano!

La literatura actual anda lastimosamente extraviada. Han pasado, es verdad, el ateísmo impío y el infecundo materialismo que reinaron tan despóticamente en las obras de fines del pasado siglo; pero la reacción hacia la fé y la moral verdaderas no es sino aparente. En nuestros días se ha deificado el vicio; se ha hecho ó pretendido hacer heroísmo el crimen. No parece sino que, gastado el corazón y la fantasía de la generación actual, necesitaban de crímenes y horrores para interesarse, á semejanza de un hombre estragado por los excesos de la gula, y cuyo paladar necesita de poderosos estimulantes para sentir algún sabor á los alimentos.

Nosotros, por desgracia ó fortuna, encontramos mas verdadera poesía, mas interés verdadero en el *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith, que en todos los terribles dramas de estos tiempos; y es que la confianza en la divina Providencia no es ya solo una fuente de clarísimas virtudes, de pura felicidad y de heroica resignación en los mas crueles contratiempos y dolores de nuestra humana vida, sino el mas fecundo é inmaculado manantial de suave poesía y delicadísima ternura. El libro por excelencia divino, el Evangelio, la buena nueva de la humanidad, está fundado sobre ella. De cada línea de aquel escrito celeste brota entero, inagotable, inmenso, aquel océano de fé, esperanza y amor, cuyo principio y fin están en el seno de Dios.

¡Cuántas veces, en medio del revuelto palenque de nuestra vida, rendidos á la fatiga y al dolor; airado el corazón con las pomposas indignidades del siglo, tan rico de pobreza materiales; corroido con los amargos desengaños y bastardas ingratitudes de los hombres; secos ya en el alma los manantiales de la piedad y la ternura; fluctuando en el mar de la duda y al borde de la desesperación, una sola de sus sencillas sentencias ha vuelto á nuestro ser todas sus cualidades divinas, y con el bálsamo de las lágrimas nos hemos sentido consolados, vigorizados, rejuvenecidos, regenerados!.....

Lector, si por ventura has llegado hasta aquí, perdóname. Bien sé que esto podrá no interesarte, sobre todo si admiras *La dama de las Camelias* y otras obras de este jaez; pero ¿qué quieres? Me he dejado llevar á pesar mío de mis pensamientos y de mis afectos. Otra vez acaso acierte áerte mas agradable ó menos cansado. Hasta entonces vale et me ama.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

En elogio del señor baron de Andilla, D. F. Garcés de Marcilla, autor de una preciosa colección de fábulas, cuentos y epigramas.

Décima.

Ha tenido una gavilla

de poetas que le canté,

aquel tu deudo, el amante,

Juan Diego Martin Marcilla.

Su nombre por eso brilla

de los tiempos vencedor;

tú, Marcilla el es ritor,

puedes, sin ajeno canto,

vivir por tus versos tanto

como el otro por su amor,

J. E. HARTZENBUSCH.

Soneto.

MIRANDO UN CUADRO DE LA MAGDALENA.

Uncido al torpe yugo del pecado

tu cuerpo se dobló lánguidamente;

en largas ondas baja destrenzado

lacio el cabello al pecho penitente.

En la atrición del rostro descarnado

y en las sombras amargas de tu frente,

pincel sublime retrató inspirado

el acerbo dolor que tu alma siente.

No sonrien tus labios antes rojos,

y apenas lucen ¡ay! sin esperanzas

arrasados en lágrimas tus ojos.

Levántalos á Dios, que en su balanza

(por mucho que la inclinen los enojos)

mas pesa la piedad, que la venganza.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEROGLÍFICO (1).



(1) El presente geroglífico se refiere al contenido del publicado en el número 17 contestado al del número 13.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.